



MASSIMO CACCIARI

Iconos de la ley

La Cebra, Buenos Aires, 2009, 349 pp.
ISBN 978-987-24770-1-1 (Icône della legge, Adelphi, Milán, 2008)

Iconos de la ley se publicó en Italia a mediados de la década de los ochenta del pasado siglo; la traducción castellana recoge la última edición del libro, del año 2002, en la que Cacciari ha actualizado la bibliografía, además de realizar algunas correcciones estilísticas y formales. Tal vez a estas páginas se deba el creciente interés que ha despertado en el público italiano una tradición tan rica como la de pensadores y artistas, la mayor parte de origen judío, cuyas obras se comentan detalladamente en estas páginas, especialmente de Rosenzweig. Y, ciertamente, la brillantez exegética de esta obra es lo primero que hay que destacar.

Pero este profundo y enriquecedor ensayo, que es fiel reflejo de la búsqueda personal del autor, profesor de estética en la Universidad de Venecia, de la que por cierto ha sido alcalde, es también una imagen de la continúa tensión y la lucha reflexiva de cualquier ejercicio intelectual que se reputa digno de tal nombre. Es, en definitiva, la pretensión de encontrar algo de luz, del fulgor de una verdad invisible, silenciosa y divina en las huellas de lo visible, en el contexto aciago y superficial que nos rodea. A partir de ello, Cacciari ha elaborado toda una filosofía de lo posible que enmarca como liberación de la ley y concluye en un repaso por el constructivismo científico y artístico del último siglo.

En esta construcción intelectual se mantiene esa paradoja estremecedora: lo fenoménico, sus dualidades y contraposiciones, constituye al mismo tiempo la imagen, la huella, pero también el velo de lo que desaparece en el instante mismo de ser nombrado. Es esto lo que, aun en su complejidad, permite avanzar y penetrar en la riqueza de la ambigüedad de lo múltiple y recorrer el camino que conduce desde las respuestas definitivas a la apertura de una reflexión efectuada sin límites.

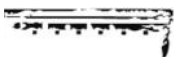
El itinerario espiritual que nos propone Cacciari comienza con Rosenzweig, siempre sugerente y cegador. Su sistema, el contexto cultural y filosófico, su relación temática con *Ser y tiempo*, aparecen resumidos en una brillante exposición en la que se aprecia la calidad de la prosa de Cacciari. Rosenzweig destaca con crudeza el destino exiliado de un pueblo que busca permanentemente su tierra, percatándose trágicamente de que el rasgo distintivo de su existencia es precisamente su desarraigo. A la primacía de la sangre, el autor italiano contrapone el enraizamiento de la visión cristiana de la existencia y su anclaje casi condenatorio a la Ley.

El judaísmo es consciente de esa polaridad inserta en su naturaleza como pueblo: es un pueblo en disonancia consigo mismo, situado en medio del conflicto entre temporalidad y eternidad. Subrayando estas características, puede evidenciarse su marca como pueblo elegido y como caldo de cultivo de la experiencia de lo posible. Se trata de una cultura en la que el anuncio de una salvación y el hecho de su sustracción revitaliza la tragedia y al mismo tiempo es el motor de su tradición intelectual. Por eso el judaísmo aparece como modelo de búsqueda y tensión entre lo que salva y lo que condena, entre lo que llama a lo eterno y lo que lleva al hombre al contingente mundo del fenómeno.

La segunda parada del camino es Kafka, en quien la cosmovisión judía toma conciencia de su vaciamiento, de su inutilidad, de su imposibilidad. Para Cacciari, el mundo de este genial escritor representa la consumación de unos esfuerzos y el advenimiento de una desesperanza. Los relatos de Kafka constituyen esas imágenes de lo sin sentido de la remisión, del destino de esas preguntas vitales, de las que depende la comprensión y el desvelamiento del misterio y que, sin embargo, son imposibles de responder.

Juega el autor aquí con la dialéctica de presencia y ausencia, tan utilizada y también tan difícil de entender para quien no esté acostumbrado a la lectura de textos que son más ricos de lo que aparentan y que dicen más en su silencio. No es de extrañar que Cacciari acuda a la imagen de la roca para explicar al lector lo que puede esperarse de la interrogación kafkiana: el horror de un pétreo silencio que trasluce el fondo último de una verdad inabismable. Las imágenes que invitan a aceptar resignadamente el horror del vacío, del silencio, también invitan a felicitarse por la existencia y apertura de lo que Cacciari llama “lo posible”.

La desesperación que puede embargar a quien inútilmente quiera remontarse hasta el origen —así como la de quien quiera atisbar el sentido, el texto definitivo, la verdad tan estéril como vana de lo uniforme— sirve para introducir el análisis del *Moisés* de Freud y del *Moisés y Aarón* de Schönberg, en esa agrupación cultural y prolijidad estética que caracteriza el texto de Cacciari. En el primer caso, se busca premeditadamente comprender la multiplicidad de lo posible aclarando el hecho fundante de la mentalidad judía. Este pueblo, explica Cacciari, no está solamente fundado sobre el Otro, sino que es en sí mismo un pueblo escindido y dividido, condenado a esa tensión desde su inauguración y para Freud hasta su ocaso: “No hay meta aferrable”, explica “donde la identidad está escindida, más bien, es escisión, ruptura... solamente la necesi-



LIBROS



MASSIMO GACCIARI Iconos de la ley

dad, el no poder nunca desaparecer del interrogar". Por su parte, en Schönberg la identidad perdida y la remisión al otro están presentes en la dualidad entre Moisés y Aarón. Pero el filósofo italiano sostiene que, mientras en la explicación de Freud, prima la vuelta al origen para referir el recorrido, en el caso del compositor se subraya la lucha por la identidad entre el pasado, que remite al hecho fundante, y la necesidad de avanzar hacia el futuro.

De esta forma se llega a una única conclusión: el silencio. La imposibilidad de una palabra que enuncie lo que de por sí no es susceptible de enunciación, de ser dicho, obliga a realizar una transición hacia el terreno de la imagen, ya que si el silencio no puede decirse, la pregunta que hay que hacer es si puede mostrarse. Se adentran estas páginas en la elaboración de una teoría del icono que resulte coherente con la dualidad de lo posible y que renuncie a dar cuenta de lo inexpressable. En este sentido, el icono manifiesta de forma esplendorosa y bella el misterio. Siguiendo a Florenskij, se interpreta la imagen con el símbolo de la puerta que abre desde lo visible el ámbito de lo invisible. Pero el icono es sobre todo una donación: el icono es una epifanía, aunque también la certificación de la imposibilidad de una revelación definitiva, completa.

Las ciencias del siglo XX y el arte abstracto se unen finalmente en esta filosofía de lo posible con el fin de aliviar la tensión entre realidad e irrealidad, entre razón y misterio. El constructivismo conforma una manifestación de la primacía de la posibilidad, tanto en la versión matemática de Brouwer como en los cuadros de Mondrian. Se mantiene, en cualquier caso, una paradoja final, que resulta ser, sin embargo, una conclusión necesaria de toda la argumentación: la naturaleza de lo posible es, en efecto, certificar la imposibilidad misma de su realización. Ahí está, precisamente, su riqueza especulativa, como estas páginas demuestran.

José María Carabante